

Antonio Buzarra

**1589
LA CONTRA
ARMADA
INGLESAS**

**La historia de la cobardía y la traición de un falso héroe
Francis Drake**

Autor: ANTONIO BUZARRA

1^a EDICIÓN

Diseño: ANTONIO BUZARRA

Edita: OCHOA EDITORES

Imprime: GRÁFICAS OCHOA

Dep. Legal: LR 1549-2024

I.S.B.N: 978-84-10367-16-6



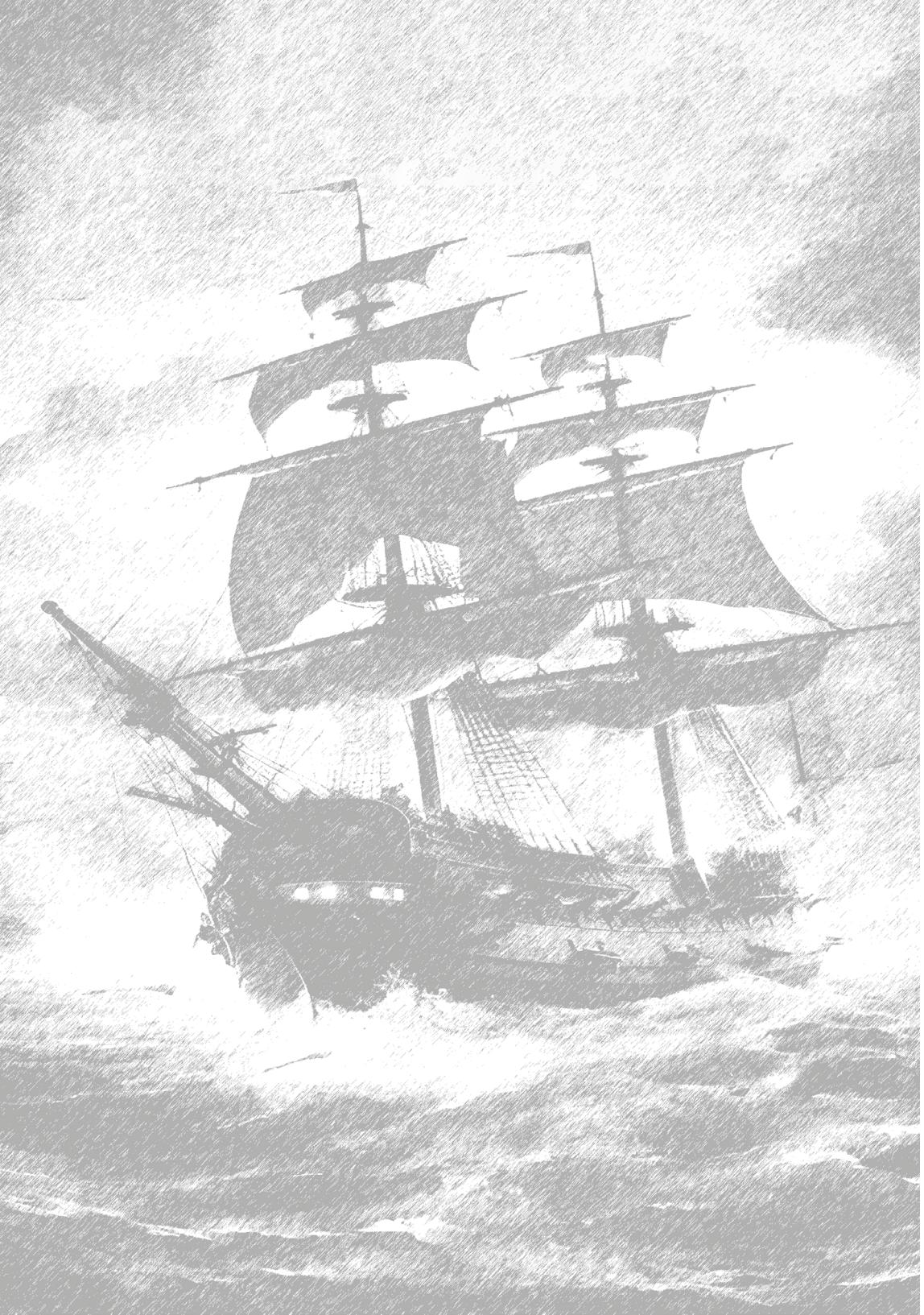
Dedicado a los cientos de miles de hombres que durante dos siglos engrasaron las filas de los Viejos Tercios de España. Que vivieron grandes victorias, y sufrieron grandes derrotas. Pero tanto en las unas como en las otras supieron luchar y vencer, pero también supieron morir sin mostrar miedo ante el enemigo, mirando de frente a la muerte, sabiendo que morían por España.

Durante estos dos siglos protagonizaron las mayores hazañas, no sin sembrar toda Europa, y el Mediterráneo, con sus cuerpos mutilados, ensangrentados. Todos ellos formaron la mejor infantería del mundo, comparables a las legiones romanas, o a las falanges macedonias de Carlo Magno. Nombres como el Viejo Tercio de Nápoles, el Viejo Tercio de Sicilia, el Viejo Tercio de Cerdeña nos deben llenar de orgullo, el mismo orgullo con el que iban aquellos hombres a la batalla.

Antonio Buzarra

PRÓLOGO

Siempre se ha dicho que los vencedores son los que escriben la historia, y casi siempre ha sido así. Roma escribió la historia a su manera durante ocho siglos, Julio Cesar llevaba consigo al escribano que iba contando sus victorias, Alejandro Magno escribió la suya, el gran Ramsés II se adjudicó méritos de otros para engrandecer su figura en la historia. Todos hicieron lo mismo, menos los españoles, que después de infringir a Inglaterra la mayor humillación de su historia, en 1589, después de haberles infringido innumerables derrotas en la mar, sin olvidarnos de Cartagena de Indias y Blas de Lezo. Pues bien, después de esto, en 1589 nos enrocamos en nuestra grandeza y dejamos que los vencidos, para salvar su honor, tergiversaran los acontecimientos otorgándose victorias donde sólo había derrotas, grandeza donde sólo había vergüenza e iniquidad, y lo peor de todo es que al no saber defender la verdad, pues nuestros reyes estaban a “otra cosa”, caímos en una serie de falsedades, en una espiral de mentiras dando comienzo a la Leyenda Negra sobre España, que han llegado hasta nuestros días impregnado nuestro propio carácter, tanto, que nos hemos llegado a creer esa ignominia.



CAPÍTULO PRIMERO

Sólo el chisporroteo de la leña de roble al arder rompía el silencio de la estancia. Una cabaña en mitad de la nada, rodeada de bosques de pinos, robles y hayas, justo al lado de un pequeño arroyo por el que discurría, con un canto cristalino, el agua de la montaña que nacía, entre rocas y barrancos escondidos, unos cientos de metros más arriba, en la ladera del monte. En el interior de la choza, el suave aroma de las piñas ardiente inundaba todo el recinto, a la vez que el apacible chispear de la madera era lo único que se atrevía a rasgar la paz de aquél lugar.

Junto al fuego, un anciano de unos ochenta años, cuya figura se mantenía inmóvil, con la mirada perdida en algún punto de la chimenea, donde un trípode de hierro sujetaba con una cadena una vieja olla de bronce. Sentado en un desgastado sillón de felpa, sus ojos miraban fijamente la luz con que las vivas llamas inundaban la habitación, llamas que apenas conseguían arrebatar la oscuridad de las sucias paredes en las que una pica y algún trofeo de caza colgaban junto a un arcabuz de los tercios, y entre ellos, la enseña de algún regimiento francés, arrebatada en alguna batalla olvidada. Frente a él una sencilla mesa de roble, y en su mano mantenía una pluma de ganso ante un pliego de papel. Tras él, un catre cubierto con unas mantas raídas y unas banquetas de pino completaban la decoración. Sobre su regazo, una *cocker spaniel* de color canela le miraba fijamente a la vez que mostraba la lengua jadeante con cada respiración, tan rápidamente, como si quisiera gastar la vida cuanto antes. Parecía que sus ojos profundos entendían los pensamientos de su amo, pero la verdad es que, aunque no los entendiera, sentía la misma sensación de abatimiento, de cansancio, que él.

—Qué rápido se pasa la vida, Duna —exclamó el anciano rompiendo el silencio.

Sus labios apenas se entreabrieron al hablar. Parecía tan cansado que eran los propios pensamientos los que con esfuerzo se abrían paso entre los dientes.

—Me parece que apenas fue ayer —comenzó a susurrar— cuando correteaba por las calles de Urreci, mi pueblo, con unos pantalones cortos —sus labios se entreabrieron un poco para dibujar con esfuerzo una sonrisa mientras recordaba—, recosidos por las manos de mi madre más veces de las que puedo recordar —añadió.

En ese momento se calló mientras miraba a la *cocker*. Parecía que el aire fresco del atardecer, al golpear su rostro, le volvía a insuflar algo de vida, o que la suave luz del crepúsculo le hacía cerrar los ojos mientras intentaba mirar al astro rey. El caso es que, tras unos segundos de recuerdos, añadió:

—Y qué feliz era, Duna —murmuró con satisfacción a la vez que abría los ojos para volver a mirar a la *cocker* que, con ojos cansados, parecía seguir sus susurros, como si le entendiera, moviendo con suavidad su cabeza de izquierda a derecha al compás de las cansadas palabras de su amo.

Acto seguido, alzó la cabeza hacia la parte superior de la chimenea donde una cabeza de jabalí le miraba fijamente con aquellos ojos de cristal que en aquel instante reflejaban la luz rojiza del ocaso, dando la sensación de estar encendidos por la ira, como si le estuviera maldiciendo por estar allí colgado, o como rayos flamígeros de rabia por estar estático en aquella pared, él, que había gozado de la libertad del monte. Con una sonrisa de satisfacción el anciano exclamó:

—Aún recuerdo el día en que acabé contigo —en cuanto empezó a recordar sus ojos recobraron su luz—. Aquella mañana, la niebla aún no se había levantado cuando, tras unos brezos enmarañados, surgiste de la nada lanzándote a por mí como una estampida de toros salvajes. Reconozco que el susto que me diste fue morrocotudo —añadió sonriente a la vez que miraba con fijeza la inmóvil cabeza de jabalí—. Eras tú o yo —exclamó sin ira, como una cosa normal en la vida—, así que, casi sin darme tiempo, fijé la pica en el suelo y esperé, como tantas veces

había hecho ante la embestida de los enemigos en la batalla – luego, acentuando aún más su sonrisa añadió–: Gracias a Dios, fuiste tú el que cayó ensartado en mi pica. Desde entonces estás ahí, en la pared de los trofeos, recordándome cada día que esa cabeza podía haber sido la mía.

En ese momento recorrió con la mirada las paredes de aquella choza, su casa desde hacía unos años. No satisfecho con lo que veía, entrecerró sus párpados y su mirada se perdió en un mundo intemporal, en un mundo donde los recuerdos comenzaron a aflorar como el agua cristalina, como si estuvieran ocurriendo en ese mismo instante. Acercó la pluma de ganso al pequeño tintero de madera y, tras manchar su punta en él, la aproximó al papel, dispuesto a desnudarse en él.

Mi nombre es Antonio de Urreci –comenzó a escribir–, aunque mis compañeros siempre me han llamado Urzi. He servido en los tercios de España, al servicio de mi rey, Felipe II, por toda Europa. En los campos de batalla he dejado mi sudor, mi esfuerzo y a menudo mi sangre, por las tierras de Flandes, Italia, Lepanto y otros lugares de los que ya no me acuerdo. He ganado muchos amigos, pero también he perdido a otros muchos, sembrando con sus cuerpos media Europa. Su lista es tan larga como mi vida. Ahora, en el ocaso de mi vida, antes de que el deterioro de la memoria falsee mis recuerdos, o peor, que los olvide, quiero contar una historia. Una historia de honor y victoria, pero también de olvido y de muerte. Esa misma historia que está al servicio de los poderosos o de los truhanes que saben mentir como si destilaran la verdad en cada palabra que sale de su boca.

Y ésta es una de ellas. Envidiados por el mundo entero, la mejor infantería del mundo, los Tercios Viejos de España, luchaban por media Europa. Nuestro rey llevaba años peleando con Isabel I de Inglaterra, la cual ayudaba monetariamente y con hombres a Guillermo de Orange, un luterano de Flandes que se había levantado contra su rey, Felipe II, uniendo a nuestros enemigos, como el duque de Anjou, otro traidor, además de aguantar los cobardes ataques de sir Francis Drake. Pues bien, en el año del Señor de 1589, la reina Isabel I, sir Francis Drake, Holanda, el duque de Anjou y muchos enemigos más se unieron para lanzar la mayor flota conocida hasta entonces contra España, siendo derrotados y humillados. La reina Isabel I, para tapar su derrota

y la vergüenza que les infringimos, hicieron dos cosas. Primero: prohibir que se escribiera en los libros de historia tamaña deshonra. Segundo: inventarse la leyenda negra sobre España, ayudados por Guillermo de Orange, el duque de Anjou, y secundados por alemanes y belgas, que, ya que no pudieron ganar en el campo de batalla, intentaron tapar sus vergüenzas arrojando tanto polvo a la historia, tantas mentiras, tanta mierda, que echaron al olvido la única verdad, nuestra victoria frente a la Contra Armada inglesa.

Tamaña farsa e ignominia fue inventada para ocultar esa humillación ante el mundo e intentar socavar el imperio de España.

En ese momento se detuvo, miró a Duna y dijo con el rostro entristecido:

—Tanto éxito tuvieron nuestros enemigos, que me avergüenzo de mis propios compatriotas, los mismos españoles que sienten vergüenza de sí mismos por aquellas mentiras. Pero yo no, yo sé lo que pasó, Duna —exclamó mirando los negros ojos de la perra que, con la lengua fuera, le miraba con atención, como si le diera la razón—. Yo lo viví y sufrió porque estuve allí. Sí, allí luché —dijo con orgullo mirando su arcabuz—, allí destripé a mis enemigos, y su sangre empapó mis ropas —en ese instante sus ojos se nublaron un poco—, y allí vi morir a mis amigos, y por eso no quiero que se olvide la mayor victoria de España contra Inglaterra, una gesta que otros están intentando que el polvo del tiempo la cubra y se olvide.

En ese momento Duna lanzó un ladrido al viento como afirmando la voluntad de su amo, mientras que éste, decidido, volvía a manchar de tinta la pluma de ganso en el viejo tintero y, decidido, se inclinó sobre el pliego.

Nací un frío día de invierno en un pueblo de Castilla, Urreci, de ahí mi apellido —aclaró—. Era un pueblo pequeño —comentó casi en un balbuceo—, con apenas cien vecinos, pero todos ellos supervivientes, luchadores hasta el final. Allí, la tierra no daba nada gratis, había que arrancarle sus frutos con sudor y esfuerzo y, a veces, con sangre. En aquellos años, el aire limpio golpeaba nuestro rostro con un perfume a yerba recién cortada mientras mis amigos y yo jugábamos en sus calles. Otras veces era el fuerte aroma a estiércol de ganado el que nos

envolvía mientras corríamos por la dehesa, donde era fácil seguir el rastro dejado por las ovejas o las cabras, en su transitar por el pueblo. El olor a resina que desprendían los pinos que rodeaban la majada inundaba el pueblo con sus múltiples fragancias, cada una distinta, que nos sitiaban y nos elevaban el espíritu haciéndonos flotar como las nubes en el cielo. Sólo el pasar por el horno comunal de la señora Martina nos hacía distraernos de nuestros juegos. El olor a pan recién horneado nos atraía como la flor a las abejas, desafiándonos de tal forma que, casi sin darnos cuenta, nuestros pequeños cuerpos se suspendían mientras acercábamos nuestras diminutas narices al portalón.

Urreci está situado en la montaña que divide las tierras de Soria y Logroño. Mis ojos, acostumbrados al verde de las hojas de robles, hayas, encinas, acebos, pinos o el suave boj, anhelaban conocer el azul del mar. Se lo había oído decir tantas veces a mi padre al hablar de su amigo de la infancia, don Juan Pacheco Osorio, segundo marqués de Cerralbo y secretario del gobernador de La Coruña, que en mi pequeña cabeza sólo tenía una idea: conocer ese mar tan azul e inmenso.

Mi padre, Pedro Martínez, había nacido en las tierras de Salamanca ya que su padre era el caballerizo del primer marqués de Cerralbo en Ciudad Rodrigo. Juan Pacheco, el futuro gobernador de Galicia, era de la misma edad que mi padre y pasaron la infancia juntos. Cuando llegó la hora de separarse, mi padre no tuvo más remedio que ser pastor de trashumancia, y precisamente, gracias a ella, había conocido a mi madre unos años atrás, cuando llevaba el ganado a las tierras de Castilla, y se casó con María Albiol, mi madre, pero la vieja amistad con el segundo marqués de Cerralbo, Juan Pacheco Osorio, a pesar de la diferencia social, no había disminuido.

Un día de verano, cuando contaba quince años, decidido, le dije a mi padre:

—Padre, me quiero enrolar en los tercios.

Fue una sorpresa mayúscula para mi padre, que esperaba que fuese pastor como él.

—¿Estás seguro? —preguntó sin creerse lo que acababa de oír. Pensaba que era una fantasía más debida a mis pocos años.

—Sí, padre, estoy decidido, sólo quiero vuestra bendición.

Mi padre no dijo nada, se limitó a mirarme durante un rato antes de decirme:

—¿No estarías mejor con el señor marqués en La Coruña? Allí podrás estudiar a la vez que le ayudas en sus labores y así puedes aprender de él.

Yo estaba confuso, no me veía como pastor, tampoco quería estar como criado bajo la tutela de Juan Pacheco, pero de ninguna manera quería contrariar a mi padre.

—Padre, no me gustaría desairarle, pero no me veo como pastor, ni como criado, quiero vivir mi vida.

Aquellas palabras parecieron ablandar a mi padre, que, a pesar de su reserva, me dio su bendición. Sabía que sería inútil intentar retenérme en Urreci, un día u otro me escaparía y sería peor. Sólo me dijo una frase antes de darme su bendición:

—Vayas donde vayas, sé un hombre, cumple con tu deber con honor, y muéstrate siempre orgulloso de tu procedencia, de ser un hijo de Urreci. Nunca olvides de dónde vienes.

Un mes después, en Valladolid, me apunté al Tercio Viejo de Sicilia. Mis primeros años fueron duros —escribió con una mueca en el rostro—. Empecé de mozo de tambor y, a veces, de mochilero. Las jornadas eran largas, difíciles y fatigosas, pero aguanté —añadió con orgullo—, como le había prometido a mi padre, tenía que ser un hombre y portarme como tal. Año a año y, tras participar en varias batallas, llegué al puesto de cabo del tercio. En Lepanto perdí grandes amigos, Nuño, Marcus, Leo... —pensó con cierto amargor en el estómago—, como en Túnez y en Flandes en 1571, hasta que llegamos a 1588 cuando peleamos contra Guillermo de Orange, rebelde protestante, que se había alzado contra nuestro rey Felipe II. Y es aquí donde empieza mi historia.